

PREFACIO

A finales del siglo XIX, don Manuel Cañete se propuso editar las obras de Pedro Mudarra, para lo que le pidió a su amigo el duque de Frías los dos manuscritos que las contenían en su biblioteca particular, prometiendo, mientras tanto, reunir todos los datos biográficos del autor para ofrecerlos al público junto a aquellas. Cañete parecía entusiasmado con el descubrimiento del escritor, hasta el punto de haber preparado e incluso enviado, mientras transcribía el resto de obras, el *Paulo convertido* a la Sociedad de Bibliófilos Españoles para darla a la estampa a la mayor brevedad.

Su impaciencia no podía extrañar a nadie que hubiese leído sus apreciaciones públicas de *Los Tetrásticos*, tras su primer contacto con la obra: «No hay que añadir citas a las anteriores para persuadirse de cuán alto lugar corresponde en nuestro Parnaso al profundo helenista que tan hábilmente supo enriquecerlo con la versión de los sentenciosos *Epigramas* de San Gregorio, no mencionada por Pellicer en su *Ensayo de una Biblioteca de Traductores*». Ni tampoco podía sorprender a quien hubiese escuchado su opinión sobre el autor: «Trasparente y sencillo en la expresión de pensamientos e imágenes; castizo y puro en la dicción; amante de la propiedad en las palabras; de correcto estilo y elegante novedad fraseológica; diestro conocedor del lenguaje poético, del cual usa con naturalidad y varonil gallardía; maestro en emplear adecuados epítetos, que son la parte esencialmente pintoresca de la poesía metrificada, y uno de sus mayores encantos, el esclarecido ingenio cuyas obras tengo la fortuna de dar a conocer antes que otro alguno».

Cualquiera podría pensar que la valoración de Manuel Cañete resultaba un tanto exagerada. Y seguramente no le faltarían razones para opinar así. Pero no debieron tampoco de faltarle motivos a nuestro erudito, ni anduvo menos

acertado que los más críticos, cuando enjuició al cabo a Pedro Mudarra como un buen poeta y cuando consideró que la publicación de sus obras, que habían quedado manuscritas, ayudarían a conocer mejor el panorama general de la literatura áurea: «En resolución, don Pedro Mudarra de Avellaneda, cuyas obras no llegaron a imprimirse, y cuyo nombre, desconocido u olvidado, no aparece en las historias de la literatura española, es a toda ley un verdadero poeta. Cuando se divulguen y aprecien sus poemas, no prescindirá de hacer justicia al mérito que los realza ninguno de aquellos que se propongan bosquejar con exactitud el hermoso cuadro de la poesía de nuestro siglo de oro».

Menos entusiasta se mostró, en el primer tercio del siglo xx, Miguel Artigas, si bien es cierto que, por las causas que fuesen, parecía más molesto con la premura con que Cañete dio a conocer las obras de Mudarra y con el hecho de que no cumplierse su promesa de imprimirlas que con la calidad de nuestro poeta: «entusiasmado con el descubrimiento de un nuevo poeta, no se le coció el pan hasta darlo a conocer», aseguraba. Con todo, la publicación, decía luego: «no llegó, sin duda porque Cañete no pudo reunir los materiales que esperaba». Como fuese, Artigas no dejó de exaltar los logros de Pedro Mudarra y, aunque también criticó sus errores, no le robó en absoluto sus méritos. Así, estimó que sus *Cuadros poéticos* carecían de originalidad o novedad en la época, pero revelaban, en cambio, «cualidades estéticas de no escaso valor», mientras que admitió que el *Paulo convertido*, pese a considerarlo alejado de su sensibilidad, difícil de juzgar para él y poco feliz en la creación y fantasía, «podía ocupar un lugar digno al lado de los otros poemas de su tiempo», por citar algunas de sus opiniones.

La cuestión es que, pese a los esfuerzos, en su misma época, de su discípulo y mecenas Felipe Baltasar Fernández Pacheco, duque de Escalona y marqués de Villena, por imprimir sus obras, y siglos después, de algunos eruditos decimonónicos, estas quedaron al cabo manuscritas. Hoy, casi cuatrocientos años después de su muerte, ven finalmente la luz, quizá sin la aprobación de su autor, si hubiese podido darla. Y es que parece que, durante su vida, Pedro Mudarra de Avellaneda no puso nunca demasiado interés por estamparlas.

Recordaba Miguel Artigas que sus obras debieron de difundirse solo entre un reducido círculo de amigos, pues no las mencionan escritores que sí citaron, en cambio, a autores apenas conocidos en la actualidad. Quizá, el hecho de que eligiese un modo de vida retirada en su villa natal de San Martín de Valdeiglesias, alejado de la corte, donde podría haber medrado por formación y linaje, según decía Arias Montano, y que se involucrase en asuntos espirituales más que en ningún otro, afectaran a su proyección literaria. Lo cierto es que Pedro Mudarra no mostró en ningún momento, o esa es la impresión que proyectaba, demasiada preocupación por alcanzar fama y renombre en ese sentido y apenas muy al final de sus días, sin mucho afán y menos fuerzas, se decidió a preparar

sus *Tetrásticos* para la imprenta. Y ello solo porque la insistencia y la «importunidad de algunas personas», cuyas peticiones consideraba mandamientos, terminaron por convencerlo.

Por las razones que fuesen, tampoco aquel intento fructificó al fin, como sabemos. La espera ha sido demasiado larga y ojalá pueda decirse que ha merecido la pena. Seguramente, no en la misma medida que afirmaba don Manuel Cañete, pero sí, como quería el crítico sevillano, la publicación de las obras de Pedro Mudarra ayuda, al menos, a conocer un poco más la literatura áurea, quizá la haya valido¹.

¹ Este estudio se ha ido elaborando en el ámbito, primero, del Proyecto «Vida y escritura I» (FFI2015-63501-P) y, más tarde, en el de «Vida y escritura II: entre historia y ficción en la Edad Moderna» (PID2019-104069GB-I00), dirigidos por Luis Gómez Canseco y Valentín Núñez Rivera, y encuadrados ambos en el Centro de Investigación en Patrimonio Histórico, Cultural y Natural de la Universidad de Huelva, del que formo parte. Quisiera agradecerles el marco y apoyo ofrecidos, sin los que este trabajo no hubiese sido posible.